

Los movimientos sociales

Alain Touraine

Una nueva propuesta

Hasta el pensamiento social más alejado de la idea de lucha de clases también hace referencia a la idea de conflicto. Los liberales ven en todas partes la competencia y la lucha por la supervivencia, otros dan mayor importancia al estado, a las relaciones internacionales y a la guerra; finalmente, otros insisten sobre los valores de una comunidad, donde sus opositores necesariamente son desconocidos que amenazan desde afuera o desde adentro. Pero la elección esencial consiste en situar el conflicto en las fronteras de la sociedad o al contrario, en su corazón, articulando las relaciones sociales más fundamentales. Contra la primera orientación, yo mantengo que el campo cultural, la historicidad de una sociedad es el lugar de los conflictos más importantes. La sociedad es producción conflictiva de ella misma.

La idea de conflicto, debe preferirse la de movimiento social. El campo de historicidad es el conjunto formado por los actores sociales y por el *enjeu*¹ de sus luchas, que es la historicidad de ellas mismas. *El movimiento social es la conducta colectiva organizada de un actor luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta*. No se deben separar jamás las orientaciones culturales y el conflicto social; esto no ha sido posible en las sociedades pasadas. La separación del orden social y del orden metasocial siempre ha

¹ N. de T. Término central de la teoría de Touraine, el *enjeu* de un juego o una lucha es “lo que está en juego”, aquello por lo que se juega o se lucha; como no hay término exacto en español que corresponda al francés –y al uso que Touraine le da– lo hemos traducido, en función del contexto, por “apuesta”, “objetivo”.

traído consigo un conflicto, situado al interior de la vida social, y de un campo cultural, situado en la base de los conflictos. Las prácticas fueron reconocidas como conflictivas; los valores o las tendencias no podían serlo. Y entre las prácticas y el orden metasocial, separando el conflicto y el sentido, predomina el conflicto, cuando lo nombramos así, o la lucha, cuando preferimos denotarla de ese modo.

El pensamiento social y la acción política revolucionaria de la época industrial fueron dominados por esa separación y, en consecuencia, los movimientos sociales no podían aparecer como los actores principales de la sociedad. Para Lenin, por ejemplo, el movimiento sindicalista estaba definido como un simple actor económico, subordinado a la acción y a la teoría política. Yo escribo para reestructurar completamente el análisis sociológico alrededor de esta nueva idea: el movimiento social. Estas frases pueden asombrar. En caso de que nuestra historia y nuestro pensamiento social hayan estado por mucho tiempo dominados por el movimiento obrero, por la teoría de lucha de clases, por la experiencia de huelgas, del sindicalismo y de los partidos revolucionarios, ¿Cómo pretender que la idea de movimiento social estaba ausente de la sociedad industrial? Por cierto, yo reconozco que en las doctrinas sobre el movimiento obrero el antecedente más directo a la idea de movimiento social, y quiero que mi propio esfuerzo prolongue el pensamiento del siglo pasado al mismo tiempo que se separe de él. Pero es a partir de estas diferencias que se debe comenzar.

La representación de los movimientos sociales que nos ha legado la sociedad industrial es la siguiente: una dominación impuesta por leyes, unas creencias, un régimen político, al igual que un sistema económico; la gente los sigue pero se revela contra ellos cuando amenazan su existencia física y cultural. Este levantamiento no es solamente defensivo, sino que prepara también el porvenir, porque hace estallar las contradicciones del orden social y destruir las barreras impuestas por el interés particular, el progreso general y natural de la sociedad. Tal visión, que se opone a la idea de movimiento social, la defino sobre dos puntos esenciales. En primer lugar, ésta jamás introduce la imagen de un actor histórico guiado por orientaciones normativas, por un proyecto, es decir, un llamado a la historicidad. El actor popular no es más que la expresión de las contradicciones sociales o el portador de fuerzas naturales; él no es un actor social. Es por este motivo que el estudio del movimiento obrero ha sido más una descripción historiográfica, reconocido sobre todo por el sistema capitalista, después de sus fluctuaciones hasta sus contradicciones generales y la tendencia a la agravación de las mismas.

A lo largo de las últimas décadas, la institucionalización de los conflictos industriales en los grandes países capitalistas y la importancia extrema de las luchas nacionales, de las tentativas revolucionarias y de los golpes de estado contrarrevolucionarios en las sociedades dependientes han acentuado esta tendencia. En América Latina, por ejemplo, el análisis social ha estado dominado por el estudio del sistema capitalista mundial, o de una manera más estrecha, del intercambio desigual; los actores sociales populares al

interior de sus sociedades aparecen como desintegrados, atropellados o alineados por esta dominación que viene del exterior. Es cierto que un movimiento popular no es un héroe armado, cabalgando a la cabeza de un ejército sobre un campo de batalla en donde los adversarios se oponen con armas iguales; también es cierto que la dominación descompone la capacidad de acción y de organización del dominado. Pero debe reconocerse, en primer lugar, la existencia de una acción orientada por una clase que no es dominada solamente, sino que participa de un campo histórico, que lucha por el control y la reapropiación del conocimiento, las inversiones y el modelo cultural que la clase dirigente ha identificado para sus propios intereses.

En segundo lugar, las conductas colectivas reconocidas por el pensamiento social de la época industrial son definidas histórica o naturalmente. Sus sentidos no se encuentran en la sociedad presente pero sí en la del porvenir. El movimiento obrero no es solamente anticapitalista, también prepara para una sociedad socialista que sucederá a la sociedad capitalista, y esta sociedad está definida más por su desenvolvimiento de las fuerzas productivas que como un proyecto social. No es sólo la historia la que debe interpretar la lucha obrera como preparación de una sociedad socialista, pero aquélla es vista como un agente político que puede dar vida a una sociedad más acorde con el estado de las fuerzas de producción. La separación de las prácticas sociales y del orden metasocial ha ubicado al sentido de las grandes luchas a otro nivel diferente al de la acción, haciendo imposible pensar la sociedad en términos de movimientos sociales. En particular, es imposible desde este pensamiento social clásico analizar con sus conceptos la acción de los dominantes y de aquellos que son dominados.

Hablar de la burguesía remite a analizar los derechos y la evolución del sistema capitalista, mientras que el estudio de la clase obrera es, por el contrario, una defensa material o una rebelión global. Lo que me impresiona, tal como a todos aquellos que hablan de movimiento social, es la torpeza/ligereza de querer implementar esta idea a las clases dirigentes, al mismo tiempo que a las clases populares. Esto había sido ya emprendido por Weber, mas tarde por Schumpeter y por unas historias de la industrialización; pero es por esta contrariedad que a menudo se otorga la preferencia al estudio del sistema capitalista sobre el de la acción industrializada y dominadora de la clase dirigente.

Reconozco que este libro no será orientado sólo hacia el estudio de los movimientos populares y que ese desequilibrio es peligroso. El camino que propongo sólo podrá ser verdaderamente entendido y juzgado cuando hayan sido también explicadas las clases dirigentes. Es decir, cuando se haya reinterpretado en términos de acción social y en particular de acción de clases, aquello que se presenta en general como lógica de un sistema y que no recurre a analizar las conductas de los dirigentes que tienen la idea de una voluntad permanente y soberana de maximizar el beneficio, hipótesis en donde la pobreza estalla cuando intenta comprender las políticas económicas o las lógicas de un empresa.

Sobre tres puntos esenciales se evidencia la oposición entre la concepción de los movimientos sociales que son presentados aquí y aquella que guía los movimientos de inspiración marxista.

- En primer lugar –y es el esencial– defino los movimientos sociales como unas conductas socialmente conflictivas pero también culturalmente orientadas y no como la manifestación de contradicciones objetivas de un sistema de dominación. No concibo el movimiento obrero solamente como un levantamiento de los proletariados pero sí como un contramodelo a la sociedad industrial inclinada por los trabajadores poseedores de la fuerza de trabajo.

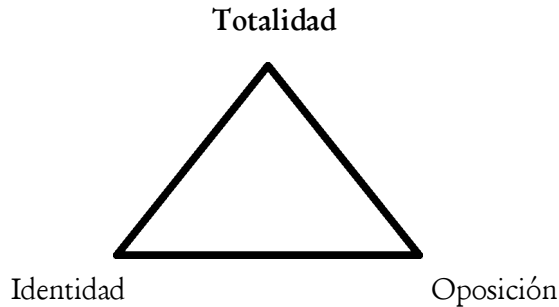
- En segundo lugar, la acción de los movimientos sociales no está dirigida fundamentalmente frente al Estado y no puede ser identificada con una acción política por la conquista del poder; al contrario, es una acción de clases, dirigida contra un adversario propiamente social. Puede haber convergencia o alianza, jamás unificación entre un movimiento social y una acción de transformación del poder del estado.

- En fin, un movimiento social no puede ser el creador de una sociedad más moderna o avanzada que aquella que combate; él defiende, dentro de un campo cultural e histórico dado, otra sociedad. Es necesario remplazar el tema de la superación por el de la alternativa, dado que contradice las ideas evolucionistas que han liderado el pensamiento clásico social.

Esta primera presentación de los movimientos sociales puede parecer restrictiva. ¿Cómo hacerla corresponder con la mayoría de los movimientos reivindicativos, corrientes de opinión, de acciones contestatarias? Es cierto que en una sociedad dada, y en cierto sistema de acción histórica, no existe sino en un grupo/pareja principal de movimientos sociales antagonistas; pero estos movimientos sociales se expresan en un gran número de conflictos particulares o aparentemente menos relacionados con la actividad económica. Se debe procurar separarlos de otras formas de rechazo, de reivindicación o de esperanza, sabiendo que existe en toda sociedad un campo propio de movimientos sociales de relación de clases y de historicidad que se elevan hacia el movimiento social, un conflicto acerca de las apuestas principales de la sociedad.

El adversario y el *enjeu*

Un movimiento social no es sólo una afirmación, una intención; es una doble relación, tiene un adversario y un *enjeu*. Jamás alcanza una integración perfecta de estos dos componentes y lo más frecuente es que haya un nivel de proyecto bajo/ implícito, es decir, una fiable integración de su intención de puesta cultural, de su conflicto con su adversario y de aquello que integra estas dos relaciones, para saber la representación que tienen de la dominación ejercida por su adversario sobre el campo cultural de la lucha. No se puede aceptar tan fácilmente el esquema que tan a menudo utilizo y que parece puramente descriptivo:



El movimiento social se presenta como la combinación de un principio de identidad, un principio de oposición y un principio de totalidad. Para luchar, ¿no es necesario saber en nombre de quién, contra quién o sobre qué terreno se lucha? Reducir a estas simples ideas el esquema aplica a todas las conductas sociales puesto que todas colocan al actor en una relación y no hay relación sin campo social. Aquello que caracteriza al movimiento social es el *enjeu* y la historicidad misma, no la decisión institucional o la norma organizacional en que los actores son los actores históricos definidos por sus relaciones conflictivas en la historicidad; es enseguida que la interdependencia del *enjeu* y de los actores es total, marcada en la forma triangular del esquema, la cual se da en otros tipos de conductas colectivas. En un sistema político los actores pueden estar definidos independientemente los unos de los otros, por lo menos en cierta medida, como diferentes categorías socio-económicas que se esfuerzan por obtener una subvención de un Estado o un sistema fiscal que les sea favorable y el campo de sus luchas de influencias está definido independientemente de ellas, por la ley o por el Estado. En una organización las relaciones de autoridad se ejercen al interior de normas generales; esto explica el hecho de que a este nivel se vea tentado uno a separar sistemas y actores, estructura y poder.

Al contrario, no volveré a decir que la historicidad y las clases sociales no pueden ser concebidas separadamente. Debe reconocerse en el esquema I-O-T mucho más que una descripción aceptable por todos sin ninguna dificultad. *La relación del actor con el adversario*, dimensión conflictiva del movimiento social, asume un sentido diferente según se ubique en relación del actor con el *enjeu* o al contrario con la relación del actor hacia el adversario. En el primer caso, manifiesta una relación de producción en el sentido más preciso del término, relaciones entre trabajadores y clase dirigente; en el segundo es una desventaja marcada por las relaciones de reproducción. En otros términos, esta relación es a la vez de dirigente a contestataria y de dominante a dominado.

Que el lector no vea en ella sutilezas inútiles; estas palabras que se parecen las unas a las otras recubren, de hecho, las diversas conductas sociales en donde cada

una ocupa un lugar en la historia. Las relaciones de clase tienen una cara de luz y otra de sombra. En la primera se ve el enfrentamiento de clases opuestas por el control de la historicidad, por ejemplo los patrones y los trabajadores por la dirección de la industrialización, en la otra, la defensa del pueblo en contra del orden dominante. *La relación del actor con el enjeu* no define el objetivo de la acción pero sí la puesta de una relación. El *enjeu* puede ser reconstruido por el análisis, a partir de la ideología de los adversarios pero puede también ser separado al interior del movimiento social como aquel que es reconocido como no ideológico, como exterior a la acción social, como el límite que se impone la ideología.

Es así como el movimiento obrero no se conforma con oponer una sociedad de trabajadores a una sociedad de patrones; pretende ser el servidor del progreso, del desarrollo de las fuerzas de producción contra el despilfarro y la irracionalidad del beneficio privado. El progreso industrial es más bien el *enjeu* del conflicto de clases puesto que el patronato habla también en nombre del progreso y del desarrollo de las fuerzas de producción y ataca las resistencias obreras a este progreso. La relación del actor hacia el *enjeu* es doble. Una clase dirigente se identifica con la historia, a su vez con sus propios intereses. Un movimiento social popular combate una cultura en tanto que es dominado por la clase adversaria, pero reconoce también contra el dominador «la objetividad» del campo en el que lucha. En particular haciendo un llamado a los intelectuales de las *agencias de historicidad*. La sociedad industrial ha reconocido el rol de los sabios intérpretes y experimentadores de las leyes del desarrollo natural. El movimiento obrero constantemente ha hecho llamado a ellos pero de doble manera. A veces defiende una ciencia al servicio del pueblo; a veces, por el contrario, el objetivo es defender la independencia de la ciencia contra el espíritu capitalista y la brutalidad del beneficio.

Si la relación del actor con el *enjeu* se aísla de su relación con su adversario, esta apuesta no está más definida socialmente en términos de modernización. Alberto Melucci ha criticado esta noción que quita toda importancia a las luchas sociales. La lucha es conducida en nombre del progreso contra la tradición, del universalismo contra el particularismo y viene de la clase dirigente o de la clase popular; llega a ser socialmente indeterminada. Pero no se debe en nombre de esta crítica, olvidar que las luchas sociales han estado asociadas a menudo a los combates por la modernización, es decir, por la ampliación de la participación social. El movimiento de mujeres es antes que nada modernizador; su voluntad de conquistar más iniciativas y más derechos para las mujeres es la tendencia central a partir de la cual se sitúan las tendencias más cercanas a la ideología de la clase dirigente y de otras, más contestatarias y preocupadas por unirse a otros movimientos sociales.

La relación del *adversario con el enjeu* es en ella misma exterior al actor pero también le concierne, ya que ella indica la dominación a la cual es sometida. Un movimiento social reducido a este componente se limitaría a la denuncia del orden

dominante. Esto le otorgaría al actor una definición no social, en términos de necesidades orgánicas o de principios morales, de subsistencia o de libertad. En un movimiento más completo es donde nace aquello que es *negativo*, el rechazo del orden o de la crisis, el deseo de la liberación y sobre todo el movimiento revolucionario. Lo llamo negativo porque la afirmación de un proyecto es remplazada aquí por la lucha contra el obstáculo, convertido en no más que un adversario, privilegiado más que beneficiado. No existe movimiento social sin esta dimensión negativa; no existe tampoco movimiento que se reduzca a ésta. Una pura fuerza de destrucción del orden no puede más que abrir el camino a una nueva clase dirigente o a un nuevo poder del Estado. Contrariamente, un movimiento sin fuerza de negación se reduce rápidamente a un conflicto institucionalizado, a una lucha de influencia entre grupos de interés al interior de un sistema de representación política.

Un movimiento social no puede ser jamás definido por un objetivo o un principio. Este no es más que la unión de estos tres componentes, juntos inestables, jamás completamente coherentes y casi siempre mezclados a otros modos de acción colectiva. Esto lo opone al *desorden* violento sobre el cual Gary Marx ha mostrado que no reposaba ni sobre una creencia colectiva ni sobre unos objetivos prácticos, sino que respondía más a una crisis de mecanismos de control social y en particular, de fuerzas de represión.

Los tumultos o levantamientos pueden inscribirse en un movimiento social, pero se debe, ante todo, oponerlos a éste, que está siempre normativamente orientado y ubicado en una relación social real.

Es más difícil oponer movimiento social y revolución, pero estas nociones han sido confundidas durante mucho tiempo, por lo que su diferenciación resulta necesaria. Un movimiento social no puede ser definido como el agente de un cambio bloqueado. El se sitúa al interior de un sistema social en donde cuestiona las fuerzas dominantes y sus apoyos políticos o culturales. Como lo veremos, los movimientos sociales están asociados a las prácticas de lucha, a las formas del cambio social; pero su definición se levanta sobre el análisis del funcionamiento de las sociedades, no del conocimiento de sus modos de desarrollo.

Luchas

Estas tres dimensiones de los movimientos (I-O, O-T, I-T) están integradas las unas con las otras e igualmente decimos que el *nivel del proyecto* de un movimiento es mayor. Cuando el movimiento actúa efectivamente según la fórmula I-O-T, su capacidad de acción histórica es más fuerte. Si al contrario, los tres componentes son separados: I, O, T su capacidad de acción es débil, lo cual no quiere decir que este movimiento sea poco importante. El puede jugar en un momento dado

un rol decisivo, pero es probable que ese rol sea limitado a una conjetura precisa y por consecuencia, al movimiento fuertemente heterónimo con relación a agentes políticos, ideológicos o a otro movimiento social. Un movimiento de nivel elevado es aquel que integra unas reivindicaciones organizacionales y unas presiones institucionales. Es aquel también el que hace triunfar la acción afirmativa de clase sobre la acción crítica de destrucción del orden en crisis.

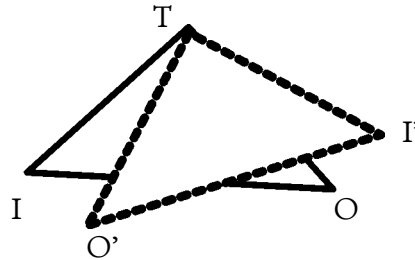
Un movimiento social no interviene solo y no está jamás separado completamente de reivindicaciones y de presiones, de crisis y de rupturas que dan nacimiento a unos tipos diferentes de luchas. *Yo llamo luchas a todas las formas de acción conflictivas organizadas y conducidas por un actor colectivo* contra un adversario por *el control de un campo social*. Un movimiento social es el tipo particular de lucha más importante. Una lucha sólo puede ser reconocida como tal si responde a cuatro condiciones principales. En primera instancia, ésta debe ser conducida en nombre de una población *particular*. Existen unas luchas obreras o campesinas pero también unas luchas de consumidores o de habitantes de un barrio. Unos movimientos de ideas o de opiniones, un movimiento religioso o unos movimientos de tolerancia, aunque todos importantes, no pueden servir directamente de objeto para nuestra reflexión. En segundo lugar, estas luchas deben estar *organizadas* y no pueden existir solamente al nivel de la opinión, puesto que es necesario que exista cierta organización para que el conflicto se precise y para que el movimiento alcance cierta integración. En tercer lugar, se debe combatir un *adversario* que pueda estar representado por un *grupo social*, aun si –como a menudo sucede–, el adversario es definido en términos más abstractos: el capitalismo o el Estado.

La ausencia de un adversario preciso reduce la lucha a una corriente modernizadora o antimodernizadora. El movimiento de mujeres, fuertemente marcado por su tendencia modernizadora, opuesto a tradiciones o principios, ha buscado definir su adversario, oponiendo las mujeres a las no mujeres, es decir a los hombres. El éxito de esta empresa está en liderar su importancia como lucha y, con más razón, como movimiento social. En fin, el conflicto con el adversario no debe estar especificado; éste debe ser un problema social que concierna al conjunto de la sociedad; que separe una lucha de acción de un grupo de presión en donde los objetivos son más limitados. Ninguna categoría social es natural e indefinidamente portadora de luchas o de movimientos sociales. Uno de los temas más ricos de la investigación sociológica es la emergencia de nuevos actores ya sea a partir de corrientes de opinión, innovaciones modernizadoras o problemas sectoriales más limitados.

Es necesario clasificar las luchas a partir de los principios de análisis ya dados. Por un lado, la distinción hecha entre los tres principales sistemas de acción: la historicidad, las instituciones y las organizaciones, y por otro lado, la oposición entre las luchas afirmativas que buscan aumentar el dominio sobre un campo, y las luchas críticas de defensa contra una dominación no legitimada por la sociedad en crisis.

Luchas afirmativas – nivel de la historicidad: Movimiento social

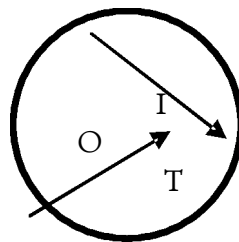
Este tipo de lucha es el centro de nuestras preocupaciones. Ha sido ya analizado y puede ser representado así:



Los dos actores (I e I') son cada uno un adversario para el otro (O y O') sin que necesariamente coincida la definición del actor por sí mismo con aquella que su adversario le otorga. Los actores tienen en común la puesta (T) de su conflicto.

Luchas afirmativas – nivel institucional: presiones institucionales o políticas.

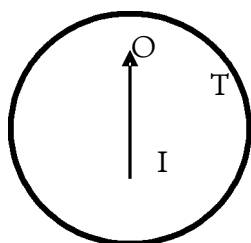
El actor busca obtener su influencia sobre la toma de decisión en los límites definidos por las orientaciones culturales de la historicidad y por una dominación de clase. Esta lucha se sitúa al interior de instituciones y de procesos considerados como legítimos, pero como toda estrategia no excluye el recurso de la fuerza. Los esfuerzos de los sindicatos de hacerse reconocer, para participar en las discusiones y otras decisiones en los ámbitos que afectan las condiciones de trabajo relevantes de estas luchas, forman un tipo de sindicalismo que yo nombre sindicalismo de control. Éste no incluye el recurso de la huelga o las diversas órdenes de presión que responden a la dirección de la empresa ejercida con los medios más considerables sobre los trabajadores. Se puede representar así la presión institucional: el actor, su adversario. Se disputan la influencia por obtener una decisión institucional.



El hecho de que las flechas salgan en parte del campo institucional recuerda que los actores no se sitúan completamente al interior del mismo pero su acción apunta a modificar las decisiones que ahí son tomadas. El sindicalismo obrero, después de haber sido el movimiento social de la sociedad industrial, tiende en la mayor parte de países industrializados a limitarse a esta presión institucional. Es sobre todo cierto que en los países socio-demócratas, la participación de sindicatos en las decisiones ha sido organizada después de mucho tiempo. Por tanto, existen mezclados a estas formas institucionalizadas de conflicto una conciencia de clase que intima fuertemente en el corazón de la producción industrial así como otros tipos de luchas. La presión institucional que privilegia un nivel intermedio de acción colectiva y del sistema social es, en efecto, constantemente desbordada, de un lado por unas reivindicaciones más inmediatas y por otro lado, por una acción de clase.

Luchas afirmativas – nivel organizacional: reivindicaciones

Luchas por el mejoramiento de la posición relativa del actor al interior de una organización jerarquizada que lucha contra la autoridad. Los actores se sitúan aquí al interior de la organización. Ellos luchan por un mejor salario, unas condiciones de trabajo menos duras, un cambio en las formas de mando. Recordemos una vez más que una reivindicación concreta en una fábrica puede producir otras formas de lucha más que una acción reivindicativa. Esto justifica a la vez el rol de los sindicalistas que hacen subir las reivindicaciones hasta el nivel de la presión institucional y del movimiento social y sociológico que busca separar los componentes de un hecho histórico como una huelga. La reivindicación es representada por el siguiente esquema:

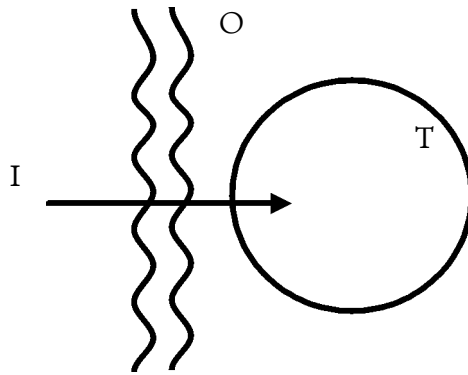


El esquema recuerda que toda organización figura aquí por el círculo T, que reposa sobre un sistema de autoridad y que toda reivindicación apunta a modificar la posición relativa del actor (I) sobre una escala jerárquica generada por los dirigentes (O). Aquellos que reclaman la igualdad de derechos, de oportunidades o de remuneraciones por una categoría considerada como un privilegio o víctima de una discrimina-

ción no ven más allá de este nivel reivindicativo, aun si ellos defienden su causa con la mayor combatividad. Al contrario, ningún movimiento social se construye solidamente si éste no reposa sobre una larga base reivindicativa a la cual él deja una gran autonomía, al mismo tiempo en que el busca elevarse a un nivel mas alto de contestación.

Luchas críticas – nivel organizacional – conductas de crisis

Restando todo al mismo nivel de las reivindicaciones, estas luchas son de una naturaleza bien diferente. Ellas no apuntan más que a mejorar la posición relativa del actor en una unión pero a la defensa contra una crisis, por ejemplo, contra el desempleo o contra cambios que amenazan las antiguas formas de organización social y cultural; por ejemplo después de la incursión de nuevas formas de actividad económica o nuevas creencias. Una conducta de crisis no puede ser negativa; ella no concibe una nueva organización social, ella busca restablecer aquella que ya sido quebrantada, ya sea en las actividades económicas o en las normas sociales de funcionamiento, en las creencias y sus representaciones. El adversario es entonces aquel que separa al actor (I) de la organización (T); él es un obstáculo (O) más que un enemigo; esto puede ser representado así:

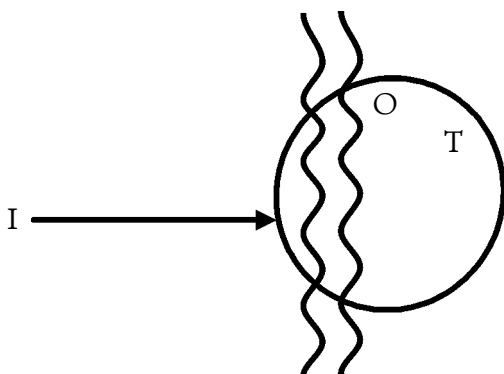


Luchas críticas – nivel institucional: conductas de bloqueo

Estas luchas son la contraparte de presiones institucionales. A menudo las unas y las otras se orientan hacia la misma lucha. En una huelga en general, interviene más el recurso de la fuerza porque el actor no puede obtener un mejor acceso a la decisión en el marco de las instituciones existentes. En la movilización efectuada es necesario utilizar expresiones militares para señalar que la acción no se ubica al interior de un campo de acción social.

Como en el caso precedente esta acción crítica apunta menos a transformar un sistema social, aquí es el sistema político que reemplaza un vacío. En las sociedades dependientes, los movimientos populares han sido en gran medida expresiones ejercidas por o para los «marginados»; los excluyen de participar en el sistema de decisión política. Participación que es entonces concebida como un fin y no como un medio al servicio, por ejemplo, de una lucha de clase. Acción puramente política que puede ser violenta como las conductas de crisis. Esto se opone a la orientación instrumental de las presiones institucionales y reivindicaciones organizacionales.

Charles Tilly ha hecho un análisis general de la violencia política explicando la lucha de ciertos grupos sociales por adquirir o no perder un lugar en el sistema político. Señala también la relación entre la violencia y aquello que yo llamo la presión institucional. La violencia toma unas formas limitadas en la situación de bloqueo, es decir del cierre limitado del sistema institucional. Si este es enteramente cerrado, como una sociedad autocrática, las luchas serán coaccionadas para subir inmediatamente al nivel más elevado o, por el contrario, para disolver implícitamente el cuerpo de la represión. Este tipo de lucha puede ser representada de la siguiente manera:



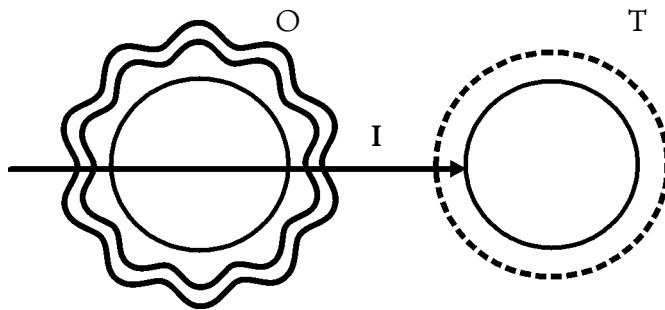
El actor (I) no puede acceder al campo de decisión (T); este es ocupado por el adversario (O), quien vigila las puertas. El actor está en lucha directa contra su adversario pero busca forzar la entrada de una institución pues él no pone en tela de juicio la legitimidad.

Luchas críticas – nivel de la historicidad: acción revolucionaria

A menudo llamo *acciones críticas* a las luchas enfocadas contra una privación y *acciones críticas revolucionarias* las que se levantan contra una dominación que no está asociada a una acción dirigente de la clase superior, que se opone a la historicidad y la destruye. Estamos tentados a añadir que esta acción crítica se ejerce contra el Estado,

contra el despotismo y la autocracia más que contra una clase dirigente; desplazamiento de una extrema importancia histórica que vamos a analizar en el próximo capítulo; pero no debemos olvidar que la acción revolucionaria es la destrucción de una dominación de clase y no solamente el ataque contra un poder del Estado, aun si ella se asocia fácilmente a la conquista del poder del mismo. Tal acción revolucionaria sólo existe si pone en tela de juicio la dominación de la clase en nombre de una reapropiación comunitaria de todas las formas de producción de la sociedad.

Pues como en los dos casos precedentes esta acción crítica apunta a restaurar una colectividad. Aspecto que se ve sobre todo en los países colonizados o dependientes. Ellos viven bajo una doble dominación, puesto que la dependencia mantiene o refuerza una clase dominante nacional que mantiene privilegios arcaicos. La lucha contra esta dominación tiene como objetivo principal la independencia, la liberación del subdesarrollo y de la dependencia, pero será falso dar a este objetivo un contenido nacional; este cambio de lucha de clase dirigido contra una oligarquía esta ligado a intereses externos. Esta lucha contra una dominación propiamente social, contra una oligarquía, impide que se dé una separación completa entre un movimiento social y la acción revolucionaria, aun si son bien diferentes los unos a los otros. Estas son las dos caras de la lucha de clases y sólo su mezcla crea las grandes luchas históricas. Una conciencia de clase absolutamente afirmativa corre el riesgo de deteriorarse en presión institucional y en reivindicaciones organizacionales, como lo muestra la historia del sindicalismo. Al contrario, una acción revolucionaria pura tiende a no ser más que una forma de sacudida sin proyecto social o aun el peldaño de un nuevo Estado o de una nueva clase dirigente.



Esto quiere decir que la acción revolucionaria conducida por el actor (I) destruye un orden social enteramente enfermo o una dominación de clase (O) y apunta a crear un nuevo orden (T) enteramente orientado por su acción de clase; este objetivo no es más que el *enjeu* para los adversarios: salimos completamente aquí de un campo de relación y de movimientos sociales; esto expresa claramente el tema de la dictadura del proletariado.

La ruptura de las relaciones de clases y su reemplazo por la antinomia del orden y de la exclusión, del privilegio y de la miseria conduce a la oposición de dos totalidades en el conflicto maniqueo de la sociedad burguesa y proletaria; esto se convierte en choque entre la no sociedad burguesa reducida a la reproducción de privilegios y la no sociedad proletaria, posrevolucionaria, vacía y reemplazada por un agente poderoso de transformación histórica, Estado-partido que no conserva sino en su doctrina la marca de su origen revolucionario. Las luchas sociales, a diferencia de las posiciones políticas, no pueden ser ubicadas como fantasmas, yendo, por ejemplo, de la derecha a la izquierda.

Oponer la actitud reformadora a la actitud revolucionaria es más peligroso que útil; es un lazo de luchas sociales en términos puramente políticos. Se debe, al contrario, oponer controversia y ruptura, proyecto positivo y acción crítica, como las dos caras de las luchas y no como dos grados de radicalidad. Las luchas afirmativas asocian modernización cultural y conflicto social; éstas hacen parte de las relaciones sociales de todos los órdenes y defienden los derechos de un sujeto. Aquellos que hablan de democracia de base y de autogestión, que insisten sobre la independencia de los actores sociales concretos y que otorgan a su acción los fundamentos morales están del lado de los movimientos afirmativos. Lo contrario a aquellos que luchan para liberarse de lo insostenible, para colocar fin a un escándalo, al mismo tiempo que quiere romper un poder, aceptando que su acción sea precisa en el cambio y dirigida por los agentes políticos, hasta los militares. Además, ellos atacan los poderes de un Estado sobre una forma más o menos extrema; ellos se agitan al nivel de la cultura y de las formas elementales de las relaciones sociales: la autoridad, la influencia.

Un proyecto afirmativo de transformación tiende a veces a degradarse en la revocación o adaptación del poder combatido; una lucha crítica hace la rebelión o la ruptura, evita esta debilidad pero pone en riesgo el servir a la formación de un nuevo poder y a la agravación de la distancia entre los dominantes y los dominados. En muchas situaciones las dos orientaciones de las luchas sociales están mezcladas pero jamás se confunden, lo mismo para los tres niveles presentes en cada una de ellas. Los debates entre socio-demócratas alemanes, austriacos y rusos antes de 1914 habían sido dominados por la oposición de la acción parlamentaria y de la lucha revolucionaria y además de la masa y del partido. La sucesión de los acuerdos y de las rupturas entre partidos de derecha que Francia ha conocido de 1972 a 1977, demuestran la oposición profunda entre dos ordenes de luchas y de la dificultad de combinarlos sólidamente en una conjetura que llama a la vez a la modernización, a la transformación y a la ruptura.

Esta clasificación de las luchas apunta, más o menos, a separar las formas que aparecen en el Estado puro que ha aclarado las condiciones de formación de los movimientos sociales, síntesis inestable de la acción de clase y de ruptura revolucionaria, de presión institucional y de rebelión contra la crisis. Tal análisis puede chocar

la sensibilidad de los actores, pues la ideología construye una imagen simple, fuertemente integrada, de la lucha que ellos orientan, pero no encuentra en su voz a la sociología, pues se ha alejado de las ideologías.

Esta multiplicidad de sentidos de lucha no debilita al actor: una acción de clase no se sitúa nunca enteramente a su propio nivel, ella no alcanza a ser en sí misma sino coloca en cambio reivindicaciones y presiones, aquello que supone que una acción organizada, de dirigentes y de ideologías, interviene para hacer salir los problemas generales de las reivindicaciones particulares. Pero esta maquina tiende constantemente a convertirse en poder, un contra Estado, preparando un orden que el constituye al interior del movimiento, que se convierte en parte armado y finalmente terror.

En esta interdependencia de las formas de acción histórica, las más opuestas explican la importancia central de una reflexión sobre la violencia en el análisis de los movimientos sociales. Nada es más opuesto que el proyecto de un movimiento y la violencia que impone una dominación o las contradicciones de un orden social. En la historia del movimiento obrero el sindicalismo como asociación voluntaria, como proyecto político y social ha sido construido y sobre todo animado por los obreros cualificados, productores y trabajadores que hablan en nombre del trabajo y del progreso contra el capitalismo, sus opciones racionales al mismo tiempo injustas, la crisis y el paro de los cuales se nutre. Pero la acción obrera ha sido portadora de paros, por los manejos que estaban más en los proletarios y los explotados que en los obreros y los compañeros. Menos capaces de organizarse ellos han formado, por tanto, la gran fuerza de los sindicatos en la época moderna, sin una acción positiva de clase y una acción negativa, más dirigida sobre la intervención política, sin alcanzar jamás la unificación completamente.

El rol de la violencia es la base de un movimiento obrero, todavía más en los movimientos en lucha como un Estado despótico o contra una dominación exterior. Las revoluciones son raramente hechas contra las clases dirigentes; ellas apuntan a combatir un poder de Estado despótico, difícil al cambio, en donde tienen que liberarse de una dominación –militar y económica– extranjera. Esta forma de violencia es tanto más presente a medida que las relaciones de clase son más débiles, las instituciones son más bloqueadas y la organización social está más bien en crisis. Ella no es la simple expresión de tal crisis pero manifiesta la degradación de un movimiento social que no se llega a constituir en tales situaciones y pues, la intención de una puesta cultural, el proyecto, es remplazado por el deseo de poner fin a la ausencia de *l'enjeu* y a la clausura por el Estado del campo de las relaciones sociales. Ella es ambigua: es un llamado a un movimiento social y muchas veces ayuda a formarse pero no puede convertirse en simple terrorismo, conducta extrema en crisis, en donde la aparición es más probable cuando el actor no ocupa una posición clara en las relaciones de clase y se define al contrario por su oposición al Estado.

Por esto el terrorismo que ha jugado un rol muy restrictivo en el movimiento obrero es igual de importante en los movimientos nacionalistas. Debido a que se opone al Estado –nacional o extranjero–, no puede llegar más allá de la cabeza de Estado, de la violencia puramente política, pues él no está situado en las relaciones de clases. En la violencia la gente tiene la imagen, la más positiva y aquella que opone un pueblo a un Estado, porque ella es la más asociada a un movimiento social, real o virtual. Violencia revolucionaria del pueblo invadiendo los palacios, invirtiendo las instituciones al servicio de la clase dirigente o de la autocracia. Violencia que puede ser militar, como los soldados en el año II y de la campaña de Italia o aquella de la armada roja de Trotsky. Cada una sabía que Bonaparte llegó a ser Napoleón y que Trotsky fue también partidario de atropellar las revueltas de Cronstadt: la violencia revolucionaria está cerca del terror jacobino o del totalitarismo comunista. Pero frente a esto, nadie está tentado a olvidar, no impedirle a los más nombrados- pues yo- estoy fascinado por los mas grandes fuegos de la historia, por esos momentos en donde el movimiento social y la crisis revolucionaria se confunden antes de ser reducidas a las cenizas por un poder absoluto. Nada es más lejano de un movimiento social que la guerra y por tanto, las más grandes guerras han tenido su cambio de movimiento social; es por esta razón que ellas han sido mas extremas que los manejos estratégicos del siglo XVIII.

Yo escribo en un país que ha dejado de ser una gran potencia después de haber sido uno de los elementos centrales del sistema de relaciones internacionales: un país que olvida rápido el rol que el Estado y las guerras jugaron en su historia y que está tentado aun más, si no se da cuenta de ello, por una imagen puramente civil de los movimientos sociales, aunque el partido comunista sea en todo sentido una fuerza creada y organizada por la revolución y la guerra social. Es importante recordar que la sombra como la claridad, el proyecto pero también la ruptura, la esperanza y la rebelión, la guerra tanto como la libertad son los hijos de la historicidad. ¡Que estas palabras sean débiles por saciar las formidables realidades históricas que ellas designan! Pero a lo cual, construir hasta en detalle una escala de la lectura de los movimientos sociales y revolucionarios.

Una sociedad, un movimiento

La diversidad de luchas es grande, tanto que cada tipo de sociedad está animada por un solo movimiento social para cada clase social. A un sistema de acción histórica corresponde una relación de clases principal y por consecuencia una pareja de movimientos sociales antagonistas. El sistema de acción histórica es el *enjeu* más directo de su conflicto. Movimiento social y lucha de clases son unas expresiones sinónimas; la primera será sólo utilizada aquí, pues hablar de lucha de clases parece indicar que unas clases definidas objetivamente entran en lucha para defender unos intereses contradictorios. Hablar de movimiento social afirma, por el con-

trario, que no existen relaciones de clase separables de la acción histórica de sus orientaciones culturales como el conflicto social en donde ella esta ubicada.

Me llegará a menudo el deseo de hablar de movimientos sociales o del movimiento estudiantil, del movimiento occitano, o de movimientos de mujeres. Es difícil, en efecto, rehusar las expresiones también corrientes; pero ellas no son aceptables si uno no olvida los usos que ellas portan. La hipótesis del movimiento social popular de sociedades programa se manifiesta en las luchas de los estudiantes, de los occitanos o de mujeres. Pues la unicidad del movimiento social de cada clase tiene por complemento su fragmentación entre las diversas luchas. Nosotros olvidamos a veces hablando del movimiento obrero que ha estado de la misma manera presente en los sindicatos, en los partidos, las cooperativas, las mutualidades, las municipalidades, las asociaciones culturales. La unidad del movimiento obrero no puede ser confundida con la existencia, siempre irreal, de una organización que englobara todos los aspectos de la acción obrera. Ella irrumpe sobre dos contrasentidos posibles en la concepción de los movimientos sociales.

1. *Un movimiento social no es un fenómeno marginal o de conflicto extremo.* Es cierto que se manifiesta, sobre todo al comienzo de su historia, por rupturas y controversias fundamentales. Pero nada será más falso que reducir estos comportamientos. Los movimientos sociales son la trama de la vida social asociados a las orientaciones de la historicidad; producen las prácticas sociales a través de las instituciones, la organización social y cultural. En la sociedad industrial, el movimiento obrero es de los maestros de empresas, es decir, los actores del conflicto industrial son los actores históricos a partir de los cuales se debe comprender la unión de la sociedad. Las investigaciones de este artículo quieren aportar una respuesta a la pregunta: ¿Cuál es el movimiento social que ocupara en la sociedad posindustrial el rol central que fue del movimiento obrero en la sociedad industrial y de aquel movimiento de las libertades cívicas en la sociedad comercial?

Otras investigaciones deberán estudiar rápidamente el movimiento tecnocrático que ha tomado la ubicación del movimiento de industrias y que como él, toma unas formas muy diferentes según la ubicación del mismo en un país comunista o en un régimen nacionalista.

Si no se considera más una sociedad pero sí una formación social, se pueden evidentemente encontrar allí muchos movimientos sociales, correspondiendo cada uno a unos sistemas de acción histórica, pues la combinación constituye la formación social. Todavía es posible que sólo el movimiento social correspondiente al sistema de acción histórica dominante pueda ser fuertemente constituido. Él o los otros son

manejados sea sobre la institucionalización, sea al contrario sobre las conductas de crisis o de bloqueo.

2. Otro error será creer que los movimientos sociales son en su definición misma los *agentes del cambio histórico*, las fuerzas de transformación del presente y de construcción del porvenir. Interpretación por tanto más tentadora y tanto más peligrosa que ella se justifica a veces haciendo un llamado al concepto de historicidad interpretado como la producción del porvenir, puede ser la misma una programación general del cambio social. Tal uso de los conceptos de historicidad y de movimiento social es completamente contrario a aquél que yo he hecho después de numerosos años y que no han variado. Insistí fuertemente sobre la necesidad de *separar el análisis sincrónico y el análisis diacrónico*, aquel de funcionamiento y de cambio, quitando todo evolucionismo. Una sociedad que posee una fuerte capacidad de intervención sobre ella misma debe estar seguramente en términos de movimientos más que de orden, pero ella constituye, como los otros tipos de sociedad histórica, un sistema de acción histórica particular y nada permite afirmar que este sistema no será remplazado por otro. Un movimiento social se ubica al interior del campo de historicidad pues él está al interior de los actores principales. Nace y muere con la sociedad de la cual hace parte. Nada es más vano que las grandes visiones evolucionistas que siguen la subida de los trabajadores, aquellas de felicidad o de progresión del nivel de vida después de la antigüedad más remota. Los movimientos sociales de diversas sociedades pueden ser analizados a la idea de los mismos conceptos pero su contenido es diferente. Nosotros tuvimos la pena de reconocer en el momento, un movimiento social en la decadencia con el tipo de sociedad en donde él hace parte, pero guarda aún una importancia política muy superior a aquéllas de las primeras formas, contradictorias e inestables del nuevo movimiento social.

Por encima y por debajo de los movimientos sociales

Es necesario abrir ampliamente las investigaciones sobre los movimientos sociales y más concretamente sobre las luchas. Estas últimas se sitúan en los diversos sistemas de acción, campo de historicidad, sistema institucional y organización, más sobre su cara de luz que sobre su cara de sombra. Pero un movimiento social desborda sus límites. De un lado, él se eleva hasta las orientaciones culturales de la sociedad; tan alto que a veces se separa de todo conflicto social; del otro, desciende profundamente en las situaciones de crisis que a veces se descomponen y se pierden en la marginalidad.

1. El movimiento social puede penetrar en el corazón de la historicidad; además, éste jamás se separa enteramente de los conflictos de clases ni se ubica por encima de las relaciones sociales. El movimiento social parece entonces confundirse con una corriente modernizadora, crítica de tradiciones que han perdido su razón de ser. Lo que separa es que él combate una dominación y por consecuencia, se sitúa notablemente en el campo de las relaciones sociales.

Los movimientos *culturales* anuncian la aparición de nuevos movimientos sociales, ellos no combaten directamente un adversario de clase, evitan convertirse en un simple terreno de aplicación para otros movimientos sociales. Pero combatiendo allí las formas arcaicas de dominación social que son cristalizadas en la conciencia colectiva, Ellos debilitan a la clase dirigente que jamás es independiente del bloque dominante. Pero una clase dirigente ascendente ataca también al pasado para sentar mejor su poder y su apoyo, de la misma manera sobre las corrientes o sobre los intelectuales modernizadores. De ahí la ambigüedad de estos movimientos culturales. Estos son orientados más por la élite dirigente, salones de aristocracia o medios intelectuales, pero estos se alimentan también de las reivindicaciones populares, dirigidas contra los dobles puntos de dominación de clase y de la transmisión de una herencia de desigualdades y de privilegios.

Los movimientos culturales son inestables; ellos se dividen rápido. De un lado, una tendencia modernizadora que no escapa a la élite dirigente que se refugia en una crítica intelectual de puerta restringida; del otro, una tendencia contestataria, revolucionaria, puesto que ella lucha a la vez contra la muerte y contra lo vivo de la dominación social. Frente a estos movimientos culturales «progresistas» se sitúan aquellos que, como todas las acciones críticas, luchan contra una crisis y buscan restablecer los valores. Los modelos culturales del pasado flotan en nuestra sociedad sin encontrar la expresión social directa. Ellos pueden ser comprendidos por grupos nostálgicos que querrán re encontrar la unidad de una civilización perdida, que sea la idea de Dios o del progreso; ellos son más a menudo reinterpretedados por los nuevos movimientos sociales y sobre todo por las acciones críticas, ávidas de reencontrar un principio que remplace el vacío creado por la crisis. Es así como las conductas de crisis son reinterpretedadas en Francia, en particular en las clases medias, en términos *religiosos*, esto da nacimiento a los movimientos comunitarios mezclados y tiene un compromiso político más cerca de la espera escatológica que de la estrategia y de la negociación.

Los movimientos culturales tienden a ocupar en la sociedad programada el lugar central que habían tenido los movimientos sociales en una sociedad industrial. Esto le da a la contracultura una gran importancia en la sociedad posindustrial sin buscar confundir, por tanto, movimiento cultural y lucha contracultural. Esta

opone globalmente dos culturas, en donde la una se define por el rechazo de los principios de la cultura dominante.

Al contrario, un movimiento cultural conlleva él mismo una oposición social, es decir ligada a las relaciones de dominación, que otorgan dos expresiones opuestas a la misma acción general de transformación cultural. Los ejemplos más importantes hoy en las sociedades industrializadas son aquellos relacionados con el movimiento de mujeres y el movimiento ecológico. El movimiento de mujeres, en todas sus formas luchan contra la dependencia y la «naturalización» de la mujer, identificada con sus funciones de reproducción y de transmisión cultural. Pero el feminismo –ya sea moderado o radical– busca obtener la igualdad de cambios para las mujeres y eliminar la referencia de «género» de la mayoría de las actividades sociales, en particular cívicas y profesionales, mientras que el movimiento de mujeres (pero los americanos hablan aquí de *feminismo* para oponerse a *woman's liberation movement*) concentra su lucha sobre la dependencia de la mujer a la consideración del hombre, en nombre de la especificidad biocultural que no constituye de ningún modo, un nuevo llamado a la naturaleza femenina, en donde la defensa ha estado asociada a un movimiento contracultural lesbiano.

Del lado de los ecologistas, el llamado a los deberes del hombre está frente a la naturaleza, pensada como entorno, se opone a la defensa de los derechos de la naturaleza que apunta a remplazar el humanismo clásico por un naturocentrismo que puede convertirse en una contra- cultura. En los dos casos se oponen las tentativas para re-pensar el sujeto humano en las relaciones con sus componentes naturales y los análisis que desconfían del llamado del sujeto y de la libertad del beneficio de las leyes de la naturaleza o de la sociedad.

Esta dualidad de orientación interna pertenece a la definición misma de los movimientos culturales que combinan, tanto de otro modo los movimientos sociales, la unidad cultural y un principio de conflictualidad.

2. Al extremo opuesto de los movimientos culturales, los fragmentos de movimiento social descienden mas bajo que la crisis organizacional, allá donde se difunde la violencia y el conflicto. La frontera jamás es nítida entre los movimientos contestatarios y las conductas de rechazo o de rebelión debajo del proletariado. Es más difícil aún situar el entorno de este rechazo o de esta rebelión al hiperconformismo de la marginación, que vuela para alcanzar los objetos de consumo que la sociedad le propone, rechazando todo los medios considerados como legítimos de adquirir. Ambigüedad por ejemplo, las rebeliones de prostitutas, encerradas en el desprecio y la represión pero también fascinadas por el dinero. En esta penumbra, se divisa casi siempre, del lado del análisis, hablar con buena conciencia de desviar aquello que de manera mas religiosa que social o política, encuentran en la caída, la marca de lo sagrado y de la gracia. Nada es más

alejado de la contestación y de la voluntad de transformación social que las conductas provocadas por la ruptura de las relaciones sociales, el rechazo o el abandono. Pero en toda lucha social se presenta también una contestación contra una sociedad, una agresividad contra las personas y los bienes, un deseo, como decía uno de los estudiantes con los que hemos trabajado en Amiens, de «romper la barraca». Esto es solamente la reinterpretación y la reanudación por una lucha social, con esto se comprende la solidaridad y la responsabilidad, de estas conductas de destrucción y de autodestrucción que puede liberar allí, aquellos que están encerrados.

La ideología

Un movimiento produce una *ideología*, es decir, una representación de sus relaciones sociales; él produce también una utopía por la cual se identifica con la opción de combate a la historicidad de ella misma, pero él no puede integrar esta ideología y esta utopía. Esto no es posible, aun si se ubica en el punto de vista de la relación social y en el del actor. Solo la sociología llega a alcanzarlo a través de su análisis. No se puede ser a la vez juez y parte. La ideología se opone a la sociología como la visión que tiene el actor de la relación que es opuesta al conocimiento del actor a partir de dicha relación.

Un movimiento social no puede ser completamente su propio analista porque está necesariamente organizado. Volviéndose un personaje produce una ideología. Cuando la organización es fuerte, cuando un movimiento se ubica completamente al interior de una asociación voluntaria, la resistencia ideológica hacia el análisis es muy fuerte; ella puede ser infranqueable. Al contrario, cuando una lucha desborda todas las asociaciones, este es el caso más importante, indica la presencia probable de un movimiento social, ella es mucho más capaz de elaborar su propio análisis. Esta no se presenta como tal pero si sobre una forma iluminada, como una integración de debates. El análisis no puede pasar sino como el abismo que separa a un movimiento de su organización.

La *utopía* de la clase obrera es el socialismo, es decir, la sociedad de los trabajadores. La clase obrera y el progreso no hacen más que destruir los obstáculos irracionales que el beneficio y los privilegios privados dirigen sobre la ruta del progreso colectivo. De repente la clase obrera se volvió menos una fuerza social que una natural, nueva Gargantúa desbordante de vida. Su ideología es al contrario la lucha, la oposición de intereses que conducen a la guerra social, a la movilización de las fuerzas populares, a la organización del combate por los estados mayores. La utopía es naturalista como la ideología es política.

En la sociedad programada, la utopía es el individualismo que identifica la cuestión con la persona de forma moralizadora y la ideología es la liberación que lucha contra todas las formas de control cultural en nombre del rechazo de todas las formas de normalización.

Del lado de *la clase dirigente*, la utopía identifica de igual forma el actor con la historicidad. Ella proclama el movimiento, la innovación y el enriquecimiento que triunfan sobre las resistencias opuestas por los prejuicios y las rutinas. Pero ella hace menos un llamado a la naturaleza que a la razón, que le otorga a la dominación social el garante de la objetividad. La misma diferencia se marca en la ideología. La de la clase dominante no exalta la lucha y su estrategia pero si, la racionalidad del orden, las leyes de la economía, del equilibrio o de la creencia. Marx ha hecho la crítica clásica de esta reducción ideológica por la burguesía de las relaciones sociales de las leyes de la economía política. Toda ideología de clase dominante tiende a imponerse como *ideología dominante*, a hablar en términos universales, disponiendo de un poder particular. Pero su triunfo nunca es completo. De una parte, porque no puede apoderarse enteramente de la historicidad: un modelo cultural o un modo de conocimiento nunca son puramente ideológicos. La religión no es solamente la representación de un pueblo. De otra parte, porque la resistencia de la clase popular no es jamás abolida y la clase dirigente no puede hablar en nombre de una sociedad enteramente integrada.

Ella debe siempre recurrir a la *represión* al mismo tiempo que a los discursos justificadores. La burguesía está convencida de su rol progresista; es su utopía, pero cuando ella habla de racionalización y de leyes de economía, no olvida nunca que esas son las armas contra el movimiento obrero. El hecho de que la clase dirigente no tome más parte que la clase popular, une completamente su utopía y su ideología imposibilitada para aceptar la reducción de las prácticas sociales a los discursos de una ideología dominante. Entre la utopía y la ideología de la clase dirigente se interponen siempre las luchas sociales. No todo es reducción porque el conflicto y la represión están siempre presentes.

Paralelamente, la ideología de la clase dominante no puede ser identificada como un garante metasocial del orden social. Este no es producido, ni utilizado en su propio interés por la clase dirigente; él es el fundamento no social que una sociedad da a la acción sobre ella misma. Esta distancia de las relaciones sociales de los garantes metasociales explica que éstas hayan estado siempre ligadas al Estado, principio de unidad no social, comandando la vida social. Se extiende el campo de la sociedad, al mismo tiempo que se debilitan los garantes metasociales. Y además el discurso que se esfuerza por fundar no socialmente, la historicidad y las relaciones sociales es producido directamente por el Estado, hasta el momento en donde el Estado totalitario prohíbe todo llamado, además a la trascendencia que tiene la

historicidad para imponerse ella misma arbitrariamente como fundamento único de funcionamiento de la sociedad. Algunos nombran ideología a estos fundamentos no sociales; esto solo puede ser admitido si es aclarada toda confusión entre la ideología del actor y la ideología del sistema. Tal confusión, ante los intereses de la clase dirigente y de una cultura, de una unión de sistemas simbólicos, debe ser activamente combatida.

Vida y muerte de los movimientos

Todos los movimientos no tienen la misma historia pero todos nacen y mueren; en consecuencia todos se elevan a la vez que se reducen sobre la escala de los niveles de proyecto; adquieren una integración más fuerte que pierden al envejecer.

Yo hablo de la historia natural de los movimientos sociales, para recordar que ellos no viven de un acto creador constantemente renovado. Además, las relaciones de clase y al interior de ellas, las relaciones de producción (más bien de reproducción) ocupan un lugar central en la vida social, y más cuando los movimientos sociales llegan a alcanzar un nivel elevado. Cuando las relaciones se institucionalizan, los movimientos sociales se degradan en presión política. Esto se produce en el movimiento obrero cuando aparece la sociedad post industrial. Pasando de un tipo de sociedad a otra, vemos que los movimientos sociales descienden de nivel o al contrario, las luchas reivindicativas se elevan y se transforman en movimientos sociales. En las sociedades mercantiles, los movimientos sociales son movimientos urbanos; su base es la ciudad o el barrio y su objetivo principal es la libertad del ciudadano, del habitante y de la comunidad contra el señor, el príncipe o los grandes comerciantes. En las sociedades industriales los movimientos urbanos no son más que presiones institucionales. Hoy los problemas urbanos son discutidos al nivel de la organización: de un lado, problemas de acondicionamiento, del otro, problemas de segregación, de exclusión y de reproducción de desigualdades. En los dos casos se está más lejos del lugar de las relaciones de clase que se desplazan, primero sobre la empresa industrial y luego sobre la oposición a las industrias culturales y los públicos a las cuales imponen su poder.

Inversamente, al momento de la formación de un tipo de sociedad los conflictos de clase son enmascarados por las alianzas necesarias hacia la ruptura del orden clásico. Cuando las relaciones de reproducción pesan sobre las relaciones de producción, los movimientos sociales son ampliamente recubiertos por los movimientos modernizadores. Este es el caso en nuestra parte del mundo en donde el ocaso del movimiento obrero tiene por contraparte la formación, aun confusa, de nuevos movimientos, en simbiosis con las corrientes modernizadoras. Será falso reprochar a un movimiento social naciente o al contrario, viejo, un bajo nivel de

proyecto; esto es olvidar que en cada situación existe un máximo de *acción histórica posible*. Si la acción organizada se sitúa debajo de ese máximo, ella es completada y combatida por los movimientos salvajes. Si ella se sitúa debajo del mismo, ella esta amenazada por un exceso de utopía.

ALAIN TOURAINE

TRADUCIDO POR: Alfonso Torres C. y Luz Quesada.